

demonio. Acaso el demonio puede abrir los ojos de ciegos?»

Las ovejas y cabritos que el Señor aseguró en otra ocasión que habría el día del juicio, se portaban ya como quienes eran. Las ovejas humildes oían la voz del buen Pastor. Los cabritos inquietos e indómitos se rebelaban y retorcián.

153. LA ORACIÓN DOMINICAL

(Lc. 11, 1-4; Mt. 6, 9-13)

Hay una oración breve en palabras y riquísima en gracias, sencilla en expresiones y profundísima en conceptos, la más perfectamente humana que se conoce en el mundo. Oración que han pronunciado millones de labios, en todas las lenguas de la tierra, y que han exhalado millones de corazones en todos los rincones del orbe, y que se han transmitido sin mudar una palabra centenares de generaciones por todos los siglos.

Es la que vulgarmente llamamos el Padrenuestro, y más científicamente Oración Dominical.

¿Quién hizo esa preciosa oración? El Señor. Por eso se la llama *Dominical*, que en latín es lo mismo que *Señorial*.

No es fácil, porque no nos dan los Evangelistas datos suficientes para ello, seguir todos los pasos del Salvador en su vida. Después de las fiestas de las Tiendas, (aunque sobre esto hay muchísimas opiniones, que dejaremos a los disputadores) el Señor debió quedarse por los alrededores de Jerusalén. Acaso se hospedaba muchas veces en Betania en casa de Lázaro, y según su costumbre iba muy de ordinario a orar en el Huerto de las Olivas, según vimos que lo hacía desde que vino a Jerusalén.

Y un día de estos, dice San Lucas, estaba orando en un sitio, que por lo que se puede suponer, y por la tradición, era el monte Olivete. Y cuando cesó de orar se le presentaron sus discípulos. Es muy fácil que mientras el Maestro oraba, los discípulos se cansasen por una parte y envidiasen por otra la oración del Maestro. Y deseando imitarle y saber hacer lo mismo que él hacía, para pasar las noches como él las pasaba, uno de ellos, que no sabemos quién fuese, y que algunos conjeturan que debió ser uno de los

setenta, pues de ser uno de los doce, acaso el Evangelista nos hubiera dado su nombre, le dijo:

«—Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos.

»Y les dijo Jesús:—Cuando oréis decid:

»Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal. Amén».

Tan sencillamente nos enseñó el Maestro a orar. Dichoso el que comprenda lo que en esta oración se encierra. Porque ella comprende en su brevedad todo lo que podemos pedir, y todas las peticiones en ella encerradas, como dice muy bien nuestro catecismo de Astete, están fundadas en toda la caridad, es decir, en el más puro y perfecto amor de Dios.

En efecto, amor respira la primera palabra, ni puede darse otra más propia que ella para infundir confianza y respeto en el que ora y provocar amor en aquel a quien invocamos.

Padre nuestro que estás en los cielos.—No solo dirigimos la oración al Padre, sino a todas las tres Personas, pues todas ellas siendo una misma y sola Divinidad creadora nuestra y protectora de todas nuestras cosas, son Padre, y todas las tres Personas nos dieron el ser y nos conservan la existencia y nos conceden todas las cosas y prometen el cielo como herencia. Padre es también Dios, no solo por naturaleza, sino por gracia, puesto que nos adoptó en Jesucristo con un privilegio estupendo de elevación y de amor.

Al decir *nuestro* nos indica Jesús que Dios es padre de todos, y que depuesto todo egoísmo debemos orar los unos por los otros, como por hermanos estrechamente unidos en Cristo. Y al añadir *que estás en los cielos*, nos indica que si bien el Señor está en todas partes y en todas es nuestro padre, pero hay un sitio donde está él especialmente, donde se le ve, donde se le tiene de otra manera de como aquí se le ve y se le tiene. Ese es el cielo, esa es la gloria, esa es nuestra patria, a ella se llevan nuestras oraciones para obtener su fin. Levantad allá vuestros corazones.

Santificado sea el tu nombre.—Que Dios sea conocido, honrado, glorificado, santificado por todo el mundo... esa debe ser la primera aspiración del hombre. Y como, por providencia de Dios, depende en parte de nosotros el que Dios sea glorificado por los hombres, y reciba de ellos el honor y respeto que le es debido, por eso la primera petición es que nuestro Padre se digne disponer todas nuestras cosas de modo que su ser y nombre sea santificado en el universo mundo. De donde nos vendrá a los hombres todo bien, por más que los naturalistas y librepensadores no lo crean. Por eso estamos tan llenos de calamidades, porque Dios no es conocido ni respetado como debiera.

Venga a nos el tu reino.—No se trata de que Dios reine en la creación por su dominio absoluto. Así reina cuando él quiere, y siempre. Se trata de otro reinado que, por su providencia, ha dejado dependiente de nuestra voluntad. Venga a nos el tu reino significa que venga a nosotros el reino de la gloria eterna después de la muerte. Y, puesto que para ello antes debe vivir el hombre en gracia, que venga a nuestros corazones el reino de Dios en el alma por la gracia santificante. Y, como la gracia se nos da por medio de la Iglesia, que reine la Iglesia y se extienda por todas partes; pues ella es el reino de Jesucristo.

El Reino de Dios es la Iglesia, en la cual reina aquí Dios por gracia, preparándola para que después, trasladada al cielo poco a poco, sea allí su reino, en el cual reine ya con todo su esplendor y magnificencia por gloria.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.—La voluntad absoluta de Dios, lo que él absolutamente y eficazmente quiere, hácese, sea que nosotros roguemos sea que no roguemos. Mas hay otra voluntad de Dios, cuando sin necesitarnos físicamente, ni forzarnos, nos manda, aconseja o prohíbe alguna cosa, dejándonos, sin embargo, la libertad física de hacer o no, lo que él manda o quiere. Y como este mismo querer nuestro depende de la gracia además de nuestra voluntad, por eso pedimos a nuestro Padre gracia de cumplir sus mandatos, y hacer en todo lo que él desea que hagamos. Y aun respecto a aquellas cosas que su providencia eficaz y absolutamente dispone y hace, pedimos que nos dé gracia para conformarnos con su volun-

tad, y resignarnos con todo aquello que, sea haciéndolo él, sea permitiendo que lo hagan otros contra sus mandatos, nos hace sufrir y padecer.

He aquí la primera parte del Padrenuestro, la más divina, la más perfecta, la más importante; en ella pedimos la realización de nuestro fin y dicha para que hemos nacido. La gracia de servir a Dios, es decir, de hacer su voluntad en la tierra, y de lograr el premio eterno en la gloria, mediante nuestro perfeccionamiento, que está en hacer en toda la voluntad de Dios, esa voluntad, que las cosas irracionales realizan a la fuerza, en virtud de su necesidad intrínseca, y que las personas racionales tenemos el triste privilegio de poder impedir o dejar, en virtud de la libertad, que se nos ha concedido para prueba de nuestra vida, a fin de que según realicemos o no la voluntad de Dios en nosotros, logremos o no el Reino eterno de la gloria.

Petición de *fe* es la primera por la que pedimos, que Dios sea conocido en todo el mundo.

Petición de *esperanza* es la segunda, por la que suplicamos que el Padre nos dé la herencia, que esperamos del Reino, y para ella nos disponga por la gracia, que es la que nos hace herederos de la gloria.

Petición de *caridad* es la tercera, por la que pedimos que el Padre nos conceda la gracia de amarle, con un amor más que de palabras y suspiros delicados, de obra, mediante el cumplimiento de la voluntad de Dios, que es la mayor unión y el mejor amor que puede haber de Dios en la tierra y en el cielo.

Nada más desinteresado temporalmente que la primera parte del Padrenuestro. No se pide en ella ningún provecho temporal ni bien terreno. Todo es celestial, espiritual, divino.

Pero ¡ay! el hombre consta de cuerpo así como de alma, y mientras le dura esta corta vida de la tierra tiene necesidad de muchas cosas, que dependen de la providencia de Dios y está rodeado de muchos males y peligros.

Por eso viene la segunda parte de esta completa oración.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy.—He aquí lo primero y más urgente que el hombre necesita: el pan de ahora, el pan de cada día, el pan, el sustento, el vestido, la ha-

bitación para las necesidades actuales. Bien está que el hombre trabaje y espere de su trabajo. Y sin su trabajo no espere, pues sería tentar a Dios. Pero sin el favor de Dios nada vale nuestro trabajo. Un accidente, el fuego, el agua, el frío, el calor, el aire... puede en un momento inutilizar todo nuestro trabajo. Pero todos esos elementos, aun en medio de sus leyes naturales no se mueven sino al imperio y providencia de Dios.

Bien está que tengamos providencia y preparación para el día de mañana. Pero no debemos ser ni demasiado avaros, ni demasiado preocupados, ni mucho menos demasiado regalados. El pan, el pan suficiente, el pan suficiente para la actualidad, he ahí lo que debemos pedir. Breve pero admirable compendio de vida. «No me des, decía el Sabio en los Proverbios, ni pobreza, ni riqueza. Dame el pan que me es necesario, no sea que en la abundancia reniegue de ti, y diga: ¿Quién es Jehová?...; o en la pobreza robe o blasfeme el nombre de Dios». Padre nuestro que estás en los cielos, aquí danos el sustento necesario; lo demás guárdanoslo para la otra vida.

Piensen algunos y con fundamento que en esta petición se pide también el pan de la Eucaristía y la gracia de poder comulgar y recibirlo frecuentemente. Digna petición de la Iglesia! Y por eso, dicen, se pone aquella palabra *nuestro*, es decir, el pan propio nuestro, de la Iglesia, de los cristianos.

Y perdonanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.—No esperemos que por sola esta petición se perdonen los pecados mortales. Para ello es condición y medio preciso la confesión. Pídesese, sin embargo, con razón y con esperanza la remisión de todos los pecados. Y primero que se nos dé la gracia de hacer penitencia y confesión de los mortales, y que mediante ella Dios nos lo perdone. Segundo que se nos perdonen los pecados veniales. Y en fin, que se nos remita la pena temporal debida, así por los pecados mortales como por los veniales.

Y era en la antigua Iglesia exhortación frecuente de los Padres a sus fieles antes de comulgar, aconsejarlos que rezasen el *Dimitte nobis*, esto es, el *Perdonanos*, para ir a la

Comunión con más pureza, perdonados los pecados veniales. Y según refiere San Agustín, para obtener mejor este perdón solían los cristianos al decir estas palabras darse un golpe de pecho, para indicar el dolor que a esta petición debe unirse.

Es de notar que a esta petición acompaña una condición que no acompaña a las otras, porque añade: Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, es decir, a los que nos han ofendido. Condición terrible que nos indica la obligación que tenemos de ser bondadosos, indulgentes, misericordiosos. Nosotros pronunciamos aquí nuestra sentencia; puesto que si perdonamos, pedimos que se nos perdone, y nos absolvemos; pero si no perdonamos, pedimos que no se nos perdone, y nos condenamos. Con la medida con que mediamos se nos medirá.

Y no nos dejes caer en la tentación.—Aquí pedimos a Dios nuestro Padre, que no permita que nos vengan tentaciones, pues son un mal y un peligro, o que si nos vienen, permitiéndolo él por sus altos juicios, no nos deje caer en ellas en ningún pecado. Mala es la tentación, por el peligro que nos trae de inducirnos a pecado; pero, si no caemos en éste, lejos de ser la tentación un mal, es un bien, pues nos da victoria y mérito.

Mas libranos de mal.—Y porque además del hambre, y del pecado y de la tentación, hay otros males de muchas clases, pedimos a nuestro Padre al concluir la oración que nos libre de todos ellos.

Amén.—Es el sello, es la confirmación de la oración entera. Así sea.

San Mateo pone esta oración entre las enseñanzas que dijo el Señor en el Sermón del Monte. Y bien puede ser que allí también la hubiese enseñado el Maestro. Pero como San Mateo suele aglomerar en un sitio muchas sentencias que tienen entre sí conexión, aunque el Señor las haya dicho en distintos sitios y lugares, por eso no se tiene por cierto que ya entonces la dijese. Sino que la dijo solo en esta ocasión, aunque San Mateo la puso en aquel sermón junto con otras muchas cosas que el Señor dijo en distintos lugares y tiempos.

Sea de esto lo que sea, esta oración es la más propia de

todos los cristianos para todas las ocasiones de la vida, y para todas las necesidades del hombre. Andáis buscando nuevas y exquisitas plegarias compuestas por hombres. Bien está. Pero siempre esté en vuestros labios, más frecuentemente que ninguna, ésta que el Hijo de Dios compuso para que le pidiésemos lo que quisiésemos. ¿Acaso os parece que el Señor escuchará ningunas oraciones con más agrado que ésta que para orar los hombres a Dios está compuesta por el mismo Hijo de Dios? O ¿tal vez pensáis que hay ninguna necesidad vuestra que no esté incluida en esta oración? Dice San Agustín: «si recorres todas las palabras de las oraciones santas, según pienso, no hallarás nada que no esté contenido en esta oración dominical; por donde será, sí, libre decir lo mismo al orar aunque con otras palabras, pero no será libre el decir otras cosas». Podrás pedir con otras palabras, pero otras cosas que las que en el Padrenuestro se piden, no podrás.

En las faldas del monte Olivete recuerda el sitio tradicional en que Jesucristo enseñó esta oración a sus discípulos, el claustro llamado del Paternoster que precede a la iglesia de unas religiosas Carmelitas. Es de estilo ojival, y frente a cada uno de los treinta y dos arcos que se abren al jardín, presenta en el muro treinta y dos lápidas, en las que con azulejos está escrito el Padrenuestro en treinta y dos idiomas. Posteriormente, además del español, se ha colocado el Padrenuestro en vasconce y catalán, por los peregrinos españoles.

154. VALOR DE LA ORACIÓN

(L. 11, 5-13; Mt. 7, 7-11)

No se contentó con enseñarnos este modo de orar. Aprovechando la ocasión nos exhortó Jesús a orar y pedir con confianza, encareciéndonos la oración con palabras dulcísimas, y tales que no dudo afirmar que son uno de los mayores consuelos y de las más firmes esperanzas de que hemos de lograr nuestra salvación eterna, si queremos. Decíales:

«—Tendrá uno de vosotros un amigo, irá a él a media noche, y le dirá: Amigo, proporcióname tres panes, porque

acaba de llegar un amigo mío de viaje a mi casa y no tengo qué ponerle a la mesa. A lo mejor le responde el otro de dentro: Déjame en paz: ya está cerrada la puerta, mis niños como yo están acostados; no me puedo levantar y darte eso.

»Mas si el otro persiste llamando, yo os aseguro que si no se levanta y le da por amigo, pero al menos por su oportunidad se levantará y le dará todos los panes que necesite.

»Pues así os digo a vosotros: Pedid y os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre.

»Si a un padre de vosotros pide pan su hijo ¿acaso le da una piedra? y si le pide un pez ¿acaso le da una serpiente? y si le pide un huevo ¿acaso le da un escorpión?

»Si pues, vosotros siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos buenas cosas ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?»

Oh qué hermosas palabras! En ellas el Salvador nos promete concedernos todo cuanto en su nombre pidamos. Ahora bien, en su nombre pedimos, sin duda ninguna, nuestra salvación y santificación. Por donde podemos estar seguros de que infaliblemente, si oramos, obtendremos la salvación y evitaremos el pecado, y nos santificaremos de veras.

Por lo cual aseguran los maestros que el que instantemente pide a Dios por medio de la oración su salvación eterna, se salvará; y que esta es señal verdadera de predestinación.

Los bienes temporales no es seguro que nos los dé cuando le pedimos. Porque el Salvador lo que quiso obtenernos por sus méritos y en lo que se ocupó de nosotros, no fué nuestro bienestar temporal y prosperidad terrena, sino nuestro bien y provecho espiritual, y sobre todo la salvación de nuestras almas. Los otros bienes se nos concederán, si nos conviene para el bien de nuestras almas y no impiden otros bienes espirituales mayores, y tanto cuanto nos sean necesarios: el pan nuestro de cada día.

Pero el bien espiritual, la salvación del alma, la buena muerte, la perseverancia final, esa de seguro, infaliblemente.

te, si oráis, si la pedís instantemente en nombre de Jesucristo, se os dará. Y si no, ya podéis afirmar que no tienen valor ninguno las palabras del Señor. Lo cual sería una blasfemia. No.

«Pedid y se os dará. Buscad y hallaréis. Llamad y se os abrirá».

Así lo dice de tres maneras, para que veamos que quiere insistir en ello. Y lo repite de otras tres:

«Porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre».

Pedid, pues, el reino de Dios. Buscad la justicia y santidad. Llamad a la puerta del cielo. Orad constantemente.

155. EL ENDEMONIADO MUDO

(L. 11, 14-26; Mt. 12; 22-38; 43-45)

Por este tiempo hizo Jesús un milagro con un endemoniado, el cual dió ocasión para que se renovaran entre Jesús y los fariseos las mismas disputas que en Galilea acerca del origen de su poder de arrojar demonios de los posesos.

«Estaba, dice San Lucas, echando un demonio. Este era mudo. (Es decir hacía mudo al que lo tenía). Y cuando Jesús echó al demonio, habló el mudo y se admiraron las turbas.

»Pero algunos de los que allí estaban dijeron:—Ese echa los demonios por virtud de Belcebú, príncipe de los demonios.

»Otros tentándole le pedían una señal (un milagro) en el cielo.

»El, cuando vió sus pensamientos, les dijo:—Todo reino dividido contra sí será exterminado, y toda casa dividida contra sí caerá. Pues también si Satanás está dividido contra sí ¿cómo subsistirá su reino? Porque estáis diciendo que yo echo los demonios por virtud de Belcebú. Pues si yo echo los demonios en virtud de Belcebú, vuestros hijos ¿en virtud de quién los echan? Así ellos serán vuestros jueces. Ahora bien, si yo echo los demonios por el dedo (es decir, por la virtud y potencia) de Dios, luego ha llegado a vosotros el Reino de Dios (el reino del Mesías).

»Cuando el fuerte armado guarda su atrio, todo lo que tiene está en paz.

Pero si sobreviene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba y reparte todos sus despojos.

»El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo desparrama.

»Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre anda por lugares áridos buscando descanso y no hallándolo dice: Voy a volver a mi casa de donde he salido. Y cuando llega la encuentra barrida y adornada. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él, y entran y ponen allí su morada. Y lo último de este hombre resulta peor que lo primero».

De este modo describía el Maestro la suerte de los que recaen en el pecado.

156. ALABANZA DE LA MADRE DE JESÚS

(L. 11, 27, 28)

Acababa Jesús de dar habla al mudo y de librarle del demonio, y de refutar las blasfemias de los fariseos que decían que echaba los demonios en nombre de Belcebú, cuando una mujer de la turba, entusiasmada de los prodigios y arrebatada de la invicta elocuencia del Profeta, dió una voz y dijo llena de ternura:

«—Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que mamaste!»

Alabanza propia de mujer, y dulce sobre todo, sí, como muchas veces acontecía, estaba allí la Santa Madre de Dios!

Mas el Señor replicó!

«—Más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan!»

No quitó nada de la alabanza de su Madre, sino que perfeccionó la idea de la mujer. Esta juzgaba un poco naturalmente, y alababa a la madre que había tenido un tal hijo, tan poderoso, tan sabio, tan elocuente. Jesús corregía su idea, y enderezándola a las circunstancias presentes, decía: Sí, dichosa la madre que me concibió y me dió su leche. Pero dichosa más aún porque, en eso como en todo, escuchó la palabra de Dios, la creyó, la guardó y la obedeció. Di-

chosos los que en esto la imitan, los que no son como estos incrédulos fariseos que nada creen y ni reciben mi palabra ni la guardan.

157. EL MILAGRO DE JONÁS

(L. II, 19-36; Mt. 12, 29-42)

Y refiriéndose de nuevo a ellos, y recogiendo las palabras que hacía poco habían dicho, que deseaban ver un milagro del cielo, una señal en el espacio, donde necios pensaban que Jesús tendría más dificultad, sin dirigirse ya a ellos, o porque acaso estaban un poco separados, confundidos por las últimas réplicas del Maestro, o porque éste los trataba así con desdén, dijo a las turbas que se apiñaban:

«—Mala raza y adúltera es esta raza. Pide una señal y no se la dará otra señal que la señal de Jonás el profeta. Porque así como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el seno de la tierra. Y como Jonás fué señal para los Ninivitas, así el Hijo del hombre lo será para esta raza».

He aquí la señal que les prometió como la principal y más invicta de su misión y divinidad. Su muerte y su resurrección al tercer día. No había de estar en el sepulcro el Señor tres días y tres noches completas, sino parte de tres días y dos noches; pero es de notar que entre los hebreos más bien que decir como nosotros *tres días y tres noches*, decíase muchas veces, *tres nochedías*, siendo así la unidad cada espacio de veinticuatro horas. Y como el Señor estuvo en el sepulcro parte de *tres nochedías*, por eso pudo decir que había de estar tres días y tres noches, es decir, tres nochedías, tres *nyczemer*os, como dirían los griegos.

Sin embargo, añadía el Señor, en una cosa se diferenciará mi señal de la de Jonás, en que éstos no se darán por vencidos.

«La Reina del Austro (la reina Sabá) se levantará en el juicio contra los hombres de esta raza y los condenará, porque vino desde los extremos de la tierra a escuchar la sa-

biduría de Salomón, y ved aquí otra cosa mejor que Salomón!» (y se señalaba a sí mismo).

«Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio contra esta raza y la condenarán; porque hicieron penitencia a la predicación de Jonás, y ved aquí otra cosa mejor que Jonás».

Y metiéndose ya a señalar las causas por que no creían los fariseos, y la culpa que tenían en no creerle, añadía:

«Nadie después de haber encendido una lámpara la pone en lo escondido, ni bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que los que entran vean la luz. La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Mientras tu ojo esté limpio, todo tu cuerpo (es decir, tu persona) estará iluminado; pero cuando esté malo, tu cuerpo también (tu persona) estará oscuro. Procura, pues, que la luz que hay en ti no sea tinieblas. Si, pues, tu cuerpo todo entero está iluminado, sin tener parte oscura, entonces todo estará iluminado como cuando la lámpara alumbró con su fulgor».

La misma doctrina poco más o menos había dicho en el sermón del monte. Solo que aquí la aplica a los fariseos incrédulos. En efecto, para ellos y para todos había el Padre encendido la lámpara de la doctrina de Jesús. Jesús «era, como dijo San Juan, la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo». Sino que, como también dijo el mismo San Juan, «la luz ya estaba en el mundo, pero el mundo no la conoció». Y por qué? porque, como dice ahora el Maestro, a pesar de estar encendida la lámpara y puesta sobre el candelero, los fariseos tenían mala la vista, y cegaban el entendimiento voluntariamente, y como toda la visión y claridad de la persona el que la persona vea, depende del ojo y de ninguna otra parte de ella, por eso no veían aquellos fariseos. Si ellos hubieran conservado sano el entendimiento, entonces hubieran sido todos ellos esclarecidos, y todo lo que en su persona hubiere estaría iluminado de luz celestial. Mas como sucedía al revés, por eso les cogía la sentencia de Jesús que decía en el Sermón del Monte: «Si la luz que hay en tí, es tinieblas cuán oscuras serán las mismas tinieblas?» cuán oscuro estará todo lo demás?

158. CONVITE DEL FARISEO.—INVECTIVAS DE JESÚS
(L. II, 37-54)

Así hablaba, cuando, fuese con buena, fuese con mala intención, sea por vanidad de tener un maestro insigne y famoso en su mesa, sea por espiar más de cerca sus actos, sea, en fin, por otras causas, se le acercó un fariseo y le rogó que almorzase con él. Aceptó el Señor la invitación. Y sin duda que estarían a la puerta según las prescripciones farisaicas quienes ofreciesen agua para lavarse las manos antes de sentarse a la mesa.

Ya allá en Galilea había sostenido una porfía con los fariseos que motejaban a los discípulos porque no se lavaban las manos antes de comer, porque ellos siempre que venían del foro se lavaban hasta el codo las manos, por si acaso habían tocado algo inmundo, aunque fuese sin advertirlo.

El que entonces reprendió semejantes supersticiones, ahora obró conforme a su doctrina, y entrando en el comedor del fariseo, resueltamente se encaminó a su puesto sin pararse a supersticiosos lavatorios.

Había el anfitrión convidado a comer con Jesús a otros escribas y fariseos.

Recostáronse, almorzaron, y no dejó de notarse la frialdad y desazón que el fariseo guardaba en su pecho con el Maestro. Y es que le estaba royendo el pensamiento aquella desatención del insigne convidado a ceremonias que el judío tenía por tan venerandas o más que las de Moisés. Por cortesía o respeto humano, no se atrevía a decir en alto lo que pensaba, pero «en su interior estaba extrañado de lo que había visto, de que no se hubiese lavado las manos antes del almuerzo».

El que lo sabía todo, por interior que fuese el corazón humano, dirigiéndose por fin a él le dijo:

«—Ahora vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera de la taza y del plato; y en cambio lo de dentro de vosotros está repleto de rapiña y de maldad. Necios, el que hizo lo de fuera ¿no hizo también lo de dentro?»

Terrible era ciertamente la salida y el exordio del Maes-

tro. Gran motivo debía tener para empezar de aquella manera, y muy irritado le debía poner la falsía y redomada malicia de los fariseos que allí estaban, entre los cuales no debía tener poca culpa el que le había convidado, ya que a todos dirige terribles inyectivas.

«Sin embargo, prosiguió diciendo, dad lo que tenéis en limosnas, y así quedan limpias vuestras cosas».

Gran virtud la de la limosna, la cual aplaca la ira de Dios y le mueve a darnos gracia abundante con la que nos convirtamos y obtengamos el perdón de nuestros mayores pecados.

Dicho esto, cerró de lleno con los fariseos, y afrontando a todos los que estaban allí en la mesa reunidos les dijo con vehemente calma:

«—Mas ¡ay de vosotros! fariseos que pagáis los diezmos de la hierbabuena y de la ruda y de todas las hierbas, pero prescindís del juicio y del amor de Dios. Esto debíais hacer y aquello no omitir.

«Ay de vosotros! fariseos que buscáis las primeras sillas en las sinagogas y los saludos en las plazas.

»Ay de vosotros! que sois como sepulcros que no aparecen, y los nombres que se pasean por encima no lo advierten».

Todos debían estar sobrecogidos. Todos callaban y aguantaban, porque sin duda debía hablar entonces como en otras ocasiones, como quien tiene autoridad. Pero estaban allí además de los fariseos algunos escribas o legistas, aquellos maestros, que según ya lo notamos al principio de esta historia, sin ser sacerdotes estaban encargados de traducir la Escritura al lenguaje corriente y explicarla en las sinagogas, personas de ordinario bien unidas con los fariseos.

Uno de éstos consideró que aquellas palabras tanto y más que contra los fariseos iban contra ellos, y sin poderse contener dijo al Maestro:

«—Maestro, con eso que dices nos ultrajas también a nosotros!...

»Y le respondió Jesús:—También de vosotros legistas ¡ay! que cargáis a los hombres cargas insoportables y vosotros no tocáis las cargas ni con uno de vuestros dedos!

«Ay de vosotros! que edificáis los sepulcros de los profetas, siendo así que vuestros padres les quitaron la vida. Bien dais testimonio y bien de acuerdo estáis con las obras de vuestros padres; pues si ellos los mataron, vosotros los levantáis sepulcros. Por eso, sí, la sabiduría de Dios dijo: Enviaré a ellos profetas y apóstoles, y matarán y perseguirán de ellos para que se reclame a esta generación la sangre de todos los profetas derramada desde la fundación del mundo, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, el que fué muerto entre el altar y el templo. Sí, os digo que será reclamada a esta generación.

«Ay! de vosotros legistas! que habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros no habéis entrado, y a los que entraban los habéis impedido».

Terribles eran ciertamente las invectivas, y confiado y valiente era el Profeta que las pronunciaba en medio de ellos, afrontando la presencia de los que le rodeaban. No bastaba, no, pagar diezmos con exagerado y nimio cuidado hasta de las hierbas más menudas, si desdeñaban el juicio de Dios y el amor divino. No bastaba estar cubiertos de santidad exterior de ritos y fórmulas y luego ser sepulcros, con cuyo contacto se manchaban muchos sin advertirlo. No bastaba edificar sepulcros a los santos padres y profetas y luego ser enemigos de ellos, por lo cual demostraban que eran cómplices de sus padres los asesinos. Ellos lo pasaban bien, imponiendo cargas al prójimo, sin ayudarle en nada. Y como eran los maestros de la Escritura y la explicaban a su manera, tenían cerrada la puerta del conocimiento de la ley de Dios; y ni ellos entraban en la verdadera ciencia, ni abrían la puerta para ella con sus explicaciones.

Dijo Jesús, y se levantó y salió del convite. No le dejaron fácilmente los convidados.

Espantados, irritados, furiosos de verse así reprendidos «comenzaron los escribas y fariseos a irritarse con él y a pedirle razón de muchas cosas, poniéndole enredos y procurando cazar algo de sus labios para acusarle».

159. PLÁTICA A LOS DISCÍPULOS

(L, 12, 1-12; Mt. 10, 26-33)

Se conoce que las turbas que le venían siguiendo, debían estar apiñadas a la puerta de la casa del fariseo, esperando sin duda que saliese el Maestro. Porque apenas salió se encontró rodeado de ellas, tanto que se empujaban unos a otros. Entonces el Señor libre ya de los escribas y fariseos, pero caliente aún con las últimas invectivas, volvióse a los discípulos, que habían presenciado sin duda la escena, y estaban acaso admirados por una parte del valor de su Maestro, y temerosos por otra del peligro que con tan franco lenguaje se formaba.

Para templar, pues, sus ánimos algo perplejos y asustados, púsose de propósito a hablarlos a ellos en medio de las turbas; díjoles muchas sentencias que ya en otras ocasiones había dicho, y otras nuevas que revelaban nuevos y nada halagüeños horizontes en el porvenir. Decíales:

«—Guardaos de la levadura de los fariseos, que es hipocresía. Y nada está encubierto que no haya de revelarse, ni oculto que no haya de saberse. Al contrario lo que en las tinieblas digáis se dirá en la luz, y lo que al oído habléis en los aposentos, se pregonará en las azoteas».

Así les acababa de pasar a aquellos escribas y fariseos, que Jesús revelaba sus secretos y miserias, delante de todo el mundo. Y añadía, viendo el temor que tenían sus discípulos:

«—Y os digo a vosotros, amigos míos: No temáis a los que quitan la vida al cuerpo, y después de esto nada pueden hacer. Yo os mostraré a quiénes habéis de temer: temed a aquel que después de quitar la vida, tiene poder para lanzar al infierno; sí, os digo, temed a ese».

Grave sentencia en la cual el Salvador prenunciaba el martirio y animaba a los suyos a dar la vida por serle fieles y cumplir el deber. Y por si acaso quedaban abatidos, cambiando un poco la idea, continúa animándolos de este modo:

«—¿No se venden cinco pajarillos por un par de ases? (que era poco más que diez céntimos) pues bien, ni uno de

ellos está olvidado en la presencia de Dios. Y de vosotros hasta los cabellos de la cabeza están todos contados. No temáis, pues; valéis más que muchos pájaros.

»También os digo: A todo el que me confiese ante los hombres le confesará el Hijo del hombre del mismo modo ante los ángeles de Dios. Y el que me negare delante de los hombres será negado delante de los ángeles de Dios. Y a todo el que hable contra el Hijo del hombre se le perdonará». Ya explicamos en otro lugar lo que significan estas palabras que aquí otra vez repite Jesús después de haberlas dicho en Galilea.

Podían pensar y acaso pensaban los discípulos cómo se arreglarían ellos si eran traídos por Cristo a presencia de los maestros y autoridades, y para librarlos de temores, les dijo:

«—Cuando os lleven a las sinagogas y a los magistrados y autoridades, no os apuréis de cómo o qué responderéis, ni qué diréis. Porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que habéis decir». Así lo hizo con los Apóstoles, y así lo sigue haciendo en su medida con los buenos cristianos en todo tiempo.

160. EL PLEITO DE LA HERENCIA

(L. 12, 13-21)

Estando en estas exhortaciones, vino un hombre, el cual enredado en un pleito de herencia con su hermano, vió en el Salvador y en su autoridad un medio de lograr la solución, no sabemos si justa o injusta de sus cuestiones. Y atreviéndose interrumpió al Señor y le dijo:

«—Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia.

»Pero el Señor le respondió:—Hombre, ¿quién me ha constituido juez o partidor entre vosotros?»

Porque, si bien Jesucristo como Dios es dueño absoluto de todas las cosas y juez de todo el mundo, pero como Mesías no traía esa misión a la tierra, ni se mezclaba en los negocios temporales de los hombres. Por eso cortó de este modo la propuesta. Y vuelto de nuevo a sus discípulos, les dijo:

«—Mirad y guardaos de toda avaricia, porque no está la vida de uno en el abundar de los bienes que posee.

»Y propúsoles una parábola, diciendo:

»La tierra de un hombre rico llevó cosecha abundante.

»Y estaba pensando entre sí, diciendo: ¿Qué haré? que no tengo donde recoger mis frutos.

»Y dijo: Voy a hacer esto: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y recogeré allí todos los frutos que me han nacido, y mis bienes. Y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes repuestos para muchos años! descansa, come, bebe, goza.

»Y le dijo a él Dios: Insensato, esta noche te piden a ti el alma... ¿De quién será lo que has recogido?

»Así pasará al que atesora para sí y no se enriquece para Dios».

161. NO HAY QUE TENER DEMASIADA SOLICITUD POR LAS COSAS DE LA VIDA

(L. 12, 22-31)

Y dijo a sus discípulos:

«Por eso os digo que no os acongojéis por la vida, sobre qué habéis de comer, ni por el cuerpo, sobre qué habéis de vestir. Más es la vida que el sustento, y más el cuerpo que el vestido». Como quien dice, el que os dió la vida y el cuerpo, ya os dará el sustento y el vestido.

»Considerad los cuervos, que no siembran, ni siegan, ni tienen despensa ni granero, y Dios los sustenta. ¿Cuánto más valéis vosotros que las aves!

«¿Y quién de vosotros, por mucho que se esfuerce, puede añadir un codo a su estatura? Pues si no podéis lo menos, ¿por qué os apuráis por lo demás?

»Considerad los lirios cómo crecen; no trabajan, ni hilan; pero yo os aseguro que ni Salomón en toda su gloria se ataviaba como uno de ellos. Pues si la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa al hornillo, así la engalana Dios, cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?

»No andéis, pues, buscando qué vais a comer, o qué vais a beber, ni andéis azorados.

»Porque todas esas cosas las buscan las gentes del mun-

do; pero ya sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de ellas.

»En cambio buscad el reino de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura».

No quería el Maestro en esta exhortación prohibir el debido cuidado de las cosas de la vida, ni la moderada previsión y prudencia. Sino el excesivo apetito de las cosas terrenas, y ese afán con que algunos se azoran y ojean todos los vientos para acaparar bienes para toda la vida. Dichoso el que dando a las cosas terrenas el cuidado necesario, pone su principal y primera atención en atender a que Dios reine en su alma y en la tierra! ese logrará que Dios premie sus trabajos aun con la fortuna temporal necesaria para la vida. Cuidad de las cosas de Dios, y Dios cuidará de vuestras cosas.

162. HAY QUE BUSCAR LAS COSAS DEL CIELO

(L. 12, 32-34)

»No temáis, rebañito pequeño, porque vuestro Padre ha querido daros el reino.

»Vended lo que tenéis y dad limosna. Hacedo bolsas que no envejezcan, y tesoro que no se agote en los cielos, donde no llegan los ladrones, ni roe la polilla.

»Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

163. ESTAMOS DE PASO

(L. 12, 35-40; Mt. 24, 43-44)

»Ceñid vuestra cintura y tened en las manos las lámparas encendidas. Y estad como los hombres que están aguardando a su señor, para cuando vuelva de las bodas, para que en cuanto venga y llame, al punto le abran. Dichosos aquellos criados a quienes el amo halle, cuando llegue, despiertos. En verdad, os digo, que se ceñirá el vestido y los hará recostarse a la mesa, y pasando los irá sirviendo.

»Y sea que llegue en la segunda vigilia, sea que llegue en la tercera, si los halla así, dichosos serán aquellos criados!

»Y sabed esto, que si supiera el amo de casa a qué hora va a venir el ladrón, velaría y no dejaría que le abriesen su casa. Vosotros, pues, estad preparados, porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que menos penséis».

164. SOBRE LA DILIGENCIA APÓSTOLICA

(L. 12, 41-48; Mt. 24, 45-51)

No entendía Pedro si aquellas palabras iban con ellos solos o con todos los fieles que allí estaban escuchando, y se atrevió a preguntar al Señor:

«—Señor, ¿esta parábola la dices para nosotros o para todos?»

Delicadamente le da a entender que para ellos principalmente había dicho aquello:

«—¿Quién piensas que es el fiel mayordomo y prudente, a quien pondrá el Señor sobre su servidumbre, para que les dé a su tiempo la ración de trigo?»

Como quien dice: ¿quién es ese criado a que aludo sino vosotros a quienes hago mayordomos de mi casa? para que cuando yo me vaya y llegue vuestro tiempo deis la ración de doctrina a los fieles.

»Dichoso aquel criado a quien su Señor al venir encuentre obrando así. Yo os aseguro que lo pondrá al cargo de todo cuanto posee.

»Pero si el mal criado dice en su corazón: Mucho tarda mi amo en venir, y comienza a maltratar a los criados y criadas, y a comer y beber y embriagarse, vendrá el Señor de ese criado en el día que menos espera y en la hora que menos piensa, y lo partirá, y le dará la suerte de los hipócritas. Allí será el llorar y el rechinar de dientes.

»Y aquel criado que conoció la voluntad de su amo, y no se afanó ni obró según su voluntad, será azotado con muchos azotes. Y el que no conoció la voluntad del amo, pero hizo cosas merecedoras de azotes, será azotado con pocos.

»A todo aquel a quien se dió mucho, se le exigirá mucho; y a quien encomendaron mucho, le pedirán más».